

Presencia y ausencia

Género y mestizaje en Chile

Sonia Montecino

Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM
Departamento de Antropología, U. de Chile

Abordar el género en Chile, es decir, la construcción cultural de las diferencias entre lo masculino y lo femenino, requiere de un movimiento que, retomando el pasado, aluda al presente y lo especifique. Así, diacronía y sincronía son dos coordenadas necesarias para una virtual comprensión de las relaciones entre mujeres y hombres, relaciones éstas constituyentes de espacios psíquicos y sociales fundamentales.

Las ideas sobre el género que se esbozan en este texto no son más que hipótesis, aventuras de un pensamiento en la pesquisa de una reflexión posible, avances por zonas no tocadas, razón zigzagueante que anhela mirar el lado nocturno —el flanco no dicho— de la constitución social de las diferencias sexuales en nuestro territorio. Por ello, pensamiento precario que se produce en el lugar ambiguo de su propia condición: ser una meditación femenina y mestiza que cataliza, relee y re-crea aquello que otras y otros han escrito ya sea desde la metrópolis o desde la periferia.

Las ideas que hemos sostenido, en diversos trabajos sobre el tema¹ que señalamos al comienzo, nacen desde el supuesto de que Chile forma parte, junto al resto de América Latina, de una cultura mestiza que es fruto de una síntesis entre lo indio y lo europeo.² El mestizaje que nombramos para nuestro país es, por cierto, una mezcla que alude a la biología; pero fundamentalmente a la cultura, al *ethos*.

La mirada que proponemos se posa en las consecuencias de este mestizaje y en cómo esta particular cultura mestiza elabora las categorías genéricas. Para ello nos valemos de algunos argumentos históricos que leemos como metáforas que han ido conformando nuestro imaginario colectivo. Entendemos, junto a Imelda Vega, el imaginario colectivo como un elemento esencial de la cultura, como un conjunto de imágenes simbólicas y representaciones míticas de una sociedad, imágenes no siempre conscientes en todos sus miembros. Por otra parte, este imaginario es ambivalente (por ser, según la autora citada, motor y freno de la dinámica social), y en las sociedades mestizas latinoamericanas expresa la riqueza del “encuentro cultural” y también la violencia subyacente y no resuelta que produjo el hecho colonial. Los símbolos que constituyen este imaginario colectivo estarían ordenados por el “arbitrario cultural”, elemento que encuentra su legitimidad en la esfera de lo religioso y por ello siempre sacraliza lo político.³

La historia del “encuentro de dos mundos”, es decir, del choque y del beso entre sujetos de culturas distintas, borda una trama en donde las mezclas de sangres y de símbolos conformarán un denso y abigarrado tejido, leído como barroco por algunos. En nuestro territorio, el cruce de sangres —violento o amoroso— entre mujeres mapuche y hombres españoles, significó en la zona central del país la constitución de una “escena original” en donde la madre india procreó en soledad y fuera del matrimonio occidental a una profusión de vástagos mestizos, huachos, ilegítimos, huérfanos: los primeros e inéditos moradores del espacio conquistado: ni indios ni españoles, socializados por la madre en el recuerdo de sus abuelos y también en su media lengua mapuche-española; pero, a su vez, tensionados por su origen en un padre “blanco”, un padre ausente y genérico, ese español o todos ellos.

Nuestra hipótesis es que esa `escena' dejó honda huella en el imaginario colectivo, huella profunda que se manifiesta en su negación, olvido y silenciamiento. La represión del origen bastardo, ilegal, mestizo, caracterizará la mitología chilena sobre la identidad nacional. El “conflicto” —y también el drama— de nuestra fundación será resuelto por un tipo de pensamiento (sobre todo preconizado por la historiografía tradicional) que, aceptando que hubo una historia de mestizaje, concubinato, amancebamiento y barraganía,⁴ piensa que el sujeto mestizo mayoritariamente optó por el padre, asumiendo su cultura y su identidad. El que optó por la madre se habría desplazado a los márgenes de la sociedad (el estrato social más bajo) o vivió en los espacios fronterizos como bandido o aliado de los indígenas.

Para otros, el dato del mestizaje cultural —es decir, la categoría étnica— no aparece ni siquiera como relevante, entendiendo a los sujetos sólo desde la categoría de `clase'.⁵

De esta manera, con el mito de las opciones (el blanqueo civilizatorio) o con el de clase, se asume una “blanquidad” y una homogeneidad chilena en el primer caso, y una negación del *ethos*, y de sus diversas manifestaciones, en el segundo. Ambos mitos borran, suprimen, obliteran el peso del mestizaje racial y cultural, y esconden su gravitación no sólo en las construcciones genéricas —que son nuestro objeto—, sino que en la dinámica de las relaciones sociales y económicas.

Pero, ¿por qué esa negación, por qué ese afán de ocultamiento? Creemos que la respuesta puede anidarse en el hecho de que el mestizo, precisamente, siempre fue asociado al ilegítimo,⁶ al que no posee patronímico, sino matronímico, al hijo/a de una madre. Además, el(la) mestizo(a) estuvieron relacionados con los segmentos bajos y pobres de la sociedad colonial (incluso a veces más bajos que los indios): productos híbridos, seres ambiguos, herederos de una historia reciente, inmediata, que los deja fuera de todos los linajes (nativos y peninsulares), que los resiente y avergüenza. Parece evidente que estar orgulloso de esa marca (mancha) impuesta por el sistema colonial no es el sentimiento más normal en una situación como la que describimos. La bastardía, la hibridez, la subordinación social serían los estigmas que condenan al mestizo chileno.

Salir de esa condena equivale a “blanquearse”, a intentar ser el otro polo que constituye al mestizo, pasar de no blanco a blanco;⁷ imitar, fantasmearse con el “padre español”, ponerse su máscara, sus ropajes (aunque sean sólo de remiendos), y finalmente “creerse el cuento”. Este gesto, desde nuestro punto de vista, constituye un rasgo importante de la cultura mestiza: el ademán de copia, de imitación y de aceptación de todo lo que tenga que ver con lo que se piensa como el “afuera civilizado”, así como con las fantasías de haber mudado de piel (“cambiado de pelaje”).

Para nosotras, el problema sin resolver radica en el hecho de que la idea de la “opción” por lo europeo o lo indígena, por el padre o la madre, es nada más que una evasión de la realidad que nos ordena: ser producto de ambos. Y ese ser de dos fuentes que se conjuntan y forman algo distinto, no puede desaparecer por una voluntad racional; por el contrario, aquello que reprimimos siempre reaparece (“mostró la hilacha”, “le salió el indio”), se asoma, pugna por salir de su confinamiento.

El intento que deseamos realizar, la ventana que queremos abrir es, justamente, tratar de escudriñar cómo en ese sujeto mestizo, hijo(a) de una madre mapuche y un padre español, la impronta de las dos sangres y de las dos culturas aparece conjuntamente para especificar una condición: la de género. Por eso, el mestizaje es para nosotras un dato fundamental en la comprensión cultural de las diferencias que nos estructuran, en tanto mujeres y hombres, en la vida social. Tal vez, el ejercicio de superar el mito de las opciones pueda dar luces no sólo para avanzar en los estudios de género, sino en otros campos que, desafortunadamente, parecen no considerar el aspecto cultural como uno valioso para la comprensión de los fenómenos sociales, políticos y económicos.

Restituyendo lo que ya dijéramos, la `escena original' que aparece con la conquista y colonización de nuestro territorio nos hace aparecer a una *madre presente* y a un *padre ausente*. Presencia y ausencia serán, junto a las categorías de blanco y no blanco (categorías étnicas), alto y bajo (categorías de clase), elementos constitutivos del posicionamiento de los y las mestizos(as) chilenos(as).

¿Cuáles podrían ser las consecuencias de estas categorías culturales en la constitución de los géneros? Pensamos que uno de los resultados más evidentes es la constitución de una identidad femenina asociada a la *madre* y una identidad masculina vinculada al *hijo* o al *hombre ausente*. Esta categorización propiciará una relación de géneros, y específicamente de pareja, desigual en términos de que no se trataría de un nexo entre pares —mujeres y hombres, madre y padre, por ejemplo—, sino de una relación filial (madre/hijo) o una de vacío masculino (madre sola que cría a la prole). La primera relación supone que la mujer aparece, simbólicamente, como la madre de sus hijos y de su propio marido,⁸ en la segunda —muy extendida en el pasado y en el presente de nuestro país—, la madre surge como la única y más importante presencia dentro de una familia en donde el padre está ausente (por abandono, separación, viudez, etc.). Aquí la mujer edifica su vida de relaciones sin el lazo permanente y “puertas adentro” de un hombre; cría a sus hijos en soledad de masculino. Es la madre soltera, es la adolescente madre soltera, son la “separada” y la viuda castas, las “desamparadas”.

Como podemos apreciar, en ninguno de los casos⁹ hay vínculos entre categorías similares de sujetos, sino vínculos entre categorías distintas. Desde nuestra óptica, la cultura mestiza que nos formula deja tanto a mujeres como a hombres inmersos en el vértigo de una existencia de soledad. Desterrados el uno para el otro en un código que admite pocas variaciones y que prepara, desde la infancia, a la mujer para ser la madre todopoderosa; y al hombre, el hijo amado o el padre ausente. Así, presencia y ausencia, femenino y masculino, madre y padre, respectivamente, serán pares complementarios que estructurarán las relaciones de género en la cultura mestiza.

Ahora bien, si agregamos otra interrogante al camino que hemos hecho, podemos comenzar a complejizar las hipótesis que hemos propuesto y tender algunos hilos hacia nuestra historia contemporánea. ¿Qué implicancias posee esta categorización mestiza en relación con el 'poder' de mujeres y hombres en la vida social? Sin duda, la presencia ligada a lo femenino entraña un fuerte poder al interior de la familia: la madre —por la carga simbólica y concreta que posee— entrega el orden, socializa, cubre con su manto de amor (y a veces de tedio) todos los resquicios de la reproducción doméstica. El padre hijo-ausente es más un nombre, una evocación, a veces sólo un proveedor, y la mayoría tan necesitado (de afecto) y débil como los propios hijos dentro del espacio hogareño.

El hombre se mueve en el afuera, en el lugar de las "cosas importantes" (la política, la economía, lo "público"); en esas dimensiones de poder donde se reúnen los hombres-hijos o padres ausentes y realizan su ser genérico (siendo la presencia que no son en el mundo doméstico); en el universo masculino donde lo femenino está posicionado bajo su dominio, aunque a veces ello sólo ocurra en el imaginario; en el bar, en el club de fútbol, en la reunión del partido, etc.

Expresado de esta manera, pareciera que entendemos el par presencia/ausencia, referido a un 'poder' que circula en el lugar primario donde se estructuran las identidades de los sujetos: la familia. Además, supone a la mujer-madre como 'dueña de casa' y divide las esferas femenina y masculina en las tradicionales esferas de lo privado y lo público. Como sabemos, en una gran proporción ello es así en nuestro país; sin embargo, siempre las mujeres se han desplazado de la casa a la calle, como lo atestiguan su temprana profesionalización y sus antiguos oficios (comerciantes, curanderas, maestras, artesanas, etc.).

Los datos que poseemos nos sugieren que, en muchos casos, la mujer que mantiene sola una familia se transforma ella misma en madre/padre, en presencia/ausencia, surgiendo su imagen poderosa y protectora como el principal eje de la vida familiar. Otros ejemplos nos muestran a una mujer-madre y a un hombre-hijo o padre ausente que se desplazan a lo "público"; en esos casos se vuelve a producir el hecho de que ella estará preocupada de resolver los movimientos domésticos (salud y educación de los hijos,¹⁰ mantenimiento del orden cotidiano a través de una empleada doméstica u otra mujer que sustituye su ausencia, etc.). Así, aun cuando se trata de mujeres que no están en la posición de dueñas de casas, su ser-presencia se torna vital para el desarrollo del sitio fundamental en que se constituyen los sujetos.

De este modo, la pregunta por el poder podría tener una posible respuesta en esa suerte de 'convenio' cultural mestizo que asigna al género femenino un dominio dentro de la categoría madre; dominio que obviamente no sólo está afincado en este bosquejo superficial de su fisonomía que hemos realizado, sino en las profundas capas que ocupa tanto en el inconsciente y la psiquis individual como en el imaginario colectivo.¹¹

Así, se tolera el desplazamiento de las mujeres de la casa a la calle toda vez que maternalicen ese movimiento, realizando profesiones y oficios que sean prolongaciones de su identidad cultural: profesoras, parvularias, doctoras, matronas, secretarias, etc. El problema se produce cuando ellas tienen profesiones y aspiran a cargos similares a los de los hombres. El caso de la política es muy decidor en nuestro país. Quizás un fino estudio que tome en consideración los elementos culturales implicados en la participación política de las mujeres pueda enriquecer la reflexión al respecto. Sólo deseo aventurar algunas ideas. Pienso que fuera de la evidente discriminación que existe,¹² el peso en las propias mujeres de la identidad materna hace que 'rechacen' el juego político. La mujer madre como presencia opera más en el nivel del rito, de la actualización permanente de los vínculos, que en el del logos y de la permanente negociación de intereses. Por otro lado, el problema que surge no es la contradicción entre lo privado y lo público, sino más bien el tránsito de lo privado (reino femenino desde el cual la mujer puede desplazarse a la calle) hacia la oposición público/privado¹³ como una disyuntiva antagónica

producida por el choque de las siluetas —lo femenino y lo masculino— que entraña la construcción social de las diferencias sexuales.

La presencia de la madre en el sitio que ocupa el padre es compleja, puesto que su simbólica está más asociada a una comparecencia en el interior de la casa o a una maternidad profesionalizada en la calle. El camino posible para las mujeres que “usurpan” el lugar de los hombres es el travestismo, el asumir los mismos gestos masculinos, ocupar sus máscaras, sus estrategias de poder y de negociación; o bien, sobrerrepresentar lo femenino en términos de cuerpo-objeto.¹⁴

Así, el *ethos* mestizo va esculpiendo los caminos en que los sujetos femeninos y masculinos pueden hacer sus viajes por una topología señalada desde antiguo; los cambios y trasvasijos de espacios — dados por el devenir del tiempo y el desarrollo histórico— traen a escena una serie de acomodados en la construcción social de las diferencias de género; pero muestran también una matriz que permanece y que especifica la pertenencia a una cultura. Tal vez, reflexionar desde la perspectiva que proponemos pueda arrojar nuevas luces sobre las relaciones de género en nuestra realidad mestiza y ayude a la comprensión de cómo ésta gravita en la existencia cotidiana de mujeres y hombres. Por último, puede servir para re-pensar un mundo en donde los desequilibrios dados por la construcción social de las diferencias puedan mutarse a una traslación y equiparidad en donde presencia y ausencia, madre y padre, blanco y no blanco, sean polos intercambiables. Sean unidades que soporten la dualidad y el deslizamiento de los sujetos —femeninos y masculinos— dentro de ellos, aportando cada uno su especificidad, pero más como intercambio que como sitio estanco o privativo de una u otra categoría sexual y genérica.

NOTAS

1. Cf., entre otros, "Identidad femenina y modelo mariano en Chile" (Montecino, Dussuel y Wilson) en *Mundo de mujer. Continuidad y cambio* (Santiago: Ediciones CEM, 1988) y *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (Santiago: Ediciones Cuarto Propio-CEDEM, 1991).
2. Véase al respecto Pedro Morandé, *Ritual y palabra* (Lima: Centro Andino de Historia, 1980) y *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1984). También Carlos Cousiño, *Razón y ofrenda* (Santiago: Cuadernos del Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile, 1990); y Jorge Guzmán, "La categoría blanco no blanco", *Revista Tópicos* (Santiago: Ediciones Rehue, 1990).
3. Cf. Imelda Vega, "Doña Carolina. Tradición oral. Imaginario femenino y política", en Milagros Palma, ed., *Simbólica de la feminidad* (Ecuador: Colección 500 años, Ediciones Abya-Yala, 1990).
4. Cf. por ejemplo a Francisco Encina.
5. Generalmente la comprensión marxista de la historia se afina en esa idea.
6. Cf. Osvaldo Silva....
7. Véase Jorge Guzmán, op. cit.
8. En estos casos el imaginario de los hombres posiciona a la mujer como una vasija procreadora, buscando fuera del matrimonio el placer sexual y el desarrollo de las fantasías amoratorias. Además, es evidente la asociación con el incesto que provoca esta imagen de la esposa-madre. Por otra parte, de acuerdo a algunas informaciones que poseemos --sobre todo en clases medias-- la mujer asumida como madre del esposo siente la angustia del peso afectivo y concreto de la crianza y reproducción doméstica, la frustración sexual, la insatisfacción. Estos datos parecen ser comunes en América Latina como lo demuestra el trabajo de la antropóloga Marcela Lagarde, *Cautiverios femeninos. Madresposas, prostitutas, monjas, locas y presas* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1991).
9. Hablamos aquí de estos casos porque pensamos que son paradigmáticos, y con esto no queremos decir que no existan otras formas (mezclas entre ambas, por ejemplo) y que incluso no se den en muchas relaciones formas equitativas de relación de pareja y de fundación matrimonial; sólo resaltamos aquello que nos parece relevante para el argumento que venimos desarrollando en torno a las categorías de la cultura mestiza..
10. Es conocido y notorio que en las reuniones de Padres y Apoderados de los colegios la presencia sea mayoritariamente femenina.
11. Nos referimos, entre otras cosas, al símbolo-madre que representa el extendido culto mariano en nuestro continente. En la mayoría de los países el sincretismo indígena-español generó una devoción mestiza que otorgaba a la alegoría materna el mayor peso dentro del panteón. La exaltación de las cualidades maternas (feracidad, vida, fertilidad, etc.) de esta Virgen, unidas a su asociación con el origen del Nuevo Mundo y de los nuevos habitantes (los mestizos) ha dejado profundas huellas en el imaginario latinoamericano.
12. En el caso actual que ha ocurrido con Evelyn Matthei se puede apreciar lo insostenible que puede ser en Chile, aceptar a una mujer como candidata a presidente de la República y por tanto la discriminación de que es objeto (sospechamos que en la

izquierda no ocurriría algo muy distinto). Pensamos que nuestra cultura debe ampliar sus límites -en cuanto a la construcción social de las diferencias sexuales - para poder abrirse a una perspectiva como la que hemos expuesto'

13. Tomo esta idea de Daniel Contreras y Patricio Toledo, alumnos de Antropología que desarrollan una reflexión sobre la mujer y el éxito en Chile.

14. Nos referimos, por ejemplo, a las mujeres que asumen papeles protagónicos en los medios de comunicación como la televisión, o en el mundo de la publicidad.